

Los Dos Humanismos

Por José Vicente Castro Silva

La línea que forma la circunferencia puede dilatarse por espacios inmensos o minúsculos, pero en todo caso es reentrante, vuelve sobre sí misma y sus puntos finales como que van buscando el camino que fatalmente los lleve a topar con el primero. Así dibujaron los antiguos la serpiente que se muerde la cola. Así imaginó Santo Tomás de Aquino aquella fórmula admirable: “La naturaleza humana se encorva sobre sí misma”: **Natura humana in se curva dicitur. No podría expresarse mejor este supremo imperativo que obliga al hombre a buscarse a sí mismo para descubrir y probar la plenitud de sus posibilidades.** Algunos aciertan, muchos yerran y se extravían en la prosecución de este intento, ninguno deja de obedecer al impulso de completarse y ser perfecto. Obedece el hombre a ésta que es ley intrínseca de su naturaleza, y la obedece también a su modo toda vida por rudimentaria que parezca. Aún el mundo inorgánico ofrece analogías que ilustran este imperativo primordial.

De ahí tenía que proceder naturalmente el empeño de glorificar la naturaleza humana. Y eso es y ha sido el “humanismo” auténtico. Pero el humanismo es inconcebible sin Dios.

Como la circunferencia no puede rematarse si cada uno de sus puntos no conserva una misma imperturbable relación con el centro, así la naturaleza humana no se glorifica justamente sino cuando todas sus energías van desarrollándose en relación permanente e invariable con el centro de todo ser y actividad, que es Dios.

Y lo que es el radio para la circunferencia, eso es la ley divina para la cabal glorificación del hombre: medida de su curso, com-

NOTA. — El pasado mes de abril falleció en Bogotá este ilustre levita, gloria de las letras y la Iglesia. Su labor larga y fecunda en el claustro del Colegio del Rosario, sus atributos oratorios, su hondura filosófica, su purísimo estilo, su patriotismo y su afán educador lo colocan en sitio prominente de la historia colombiana. En su homenaje reproducimos una página suya de cuyo texto podrían extraerse los materiales que lo definen a él como un gran humanista católico.

pás de su desenvolvimiento, criterio de su marcha, garantía de su realización final.

El humanismo comenzó con el hombre. Dios mismo cuidó de persuadirle de la dignidad de su naturaleza y la potencia insospechable que en ella había de encerrarse, cuando —tal dice Tertuliano— no con voz de imperio, sino con verbo acariciador, introdujo al hombre en esta tierra: “Y dijo Dios: hagámosle a nuestra imagen y semejanza”.

Más adelante el autor inspirado del libro de la Sabiduría pro-munpe en esta exclamación: *Magna res est homo.* Y siglos después Shakespeare le hace eco repitiendo: *How beautiful mankind is!*

El humanismo justo, originalmente radicado en la creación, fue singularmente corroborado por la junta de la naturaleza divina y de la humana en Jesucristo, a quien llama el Damasceno “gloria de nuestro limo y venustez de nuestra sustancia”. A lo cual debe añadirse el otro decoro y excelencia, que conforme a San Pablo, pone la gracia en el hombre, y convirtiéndolo en habitáculo y templo vivo de la divinidad, nos autoriza para llamar a Dios “inquilino de las almas”.

Un peligro acechaba al humanismo; que andando gozoso por la vía triunfal de la glorificación del hombre, olvidara las deficiencias y siniestros que lo desmejoran y pueden apartarlo de la virtud. A los triunfadores romanos, para que la pompa excesiva de la apoteosis no los desvaneciera, solía ponérseles, atado a la carroza, un esclavo que fuera recordándoles cuán fácil es que el vencedor de hoy sea el vencido de mañana. El verdadero y sano humanismo también necesita comprender que por falta de disciplina puede el hombre bastardear de su nobleza y parar en ruina lamentable.

Pero ¿y qué tienen qué ver las bellas letras, *humaniores litterae*, con este humanismo, por decirlo así, religioso y dogmático? Sencillamente que ávidos de darle al hombre la perfección que para él piden de consuno la filosofía y la teología, la razón y la fe, el sentido común y la religión, hubo en todo tiempo maestros que emprendieron y aconsejaron el estudio de los obras superiores, consagradas como clásicas e inmortales, para derivar de ellas los dictámenes y aún las formas que mejor convenían al propósito de ilustrar y de guiar a la humanidad en una perdurable ascensión.

A las sentencias reveladas se juntaron entonces las máximas de la filosofía natural: nacido apenas al cristianismo, San Pablo citaba ante el areópago los versos de Arato, favorito de Antíoco; y adelantándose los tiempos, se hizo más y más frecuente el recurso a los autores famosos del paganismo, cuyas sentencias, cuando eran fruto de la recta razón, coincidían necesariamente con las máximas del cristianismo. Con lo cual los maestros y doctores eclesiásticos no hacían sino aprovechar el *testimonium animae naturaliter christianae*, que dijo Tertuliano. Otro día oírá el mundo a San Basilio que reivindica para las letras clásicas, para las obras maestras de la antigüedad, un puesto de honor en la educación de la juventud.

Llegaron los siglos tenebrosos, que parecían fatales para la cultura humana, y como Eneas salvó del incendio de Troya a Anquises su padre y a los penates y númenes familiares, así las órdenes monásticas se hicieron legión de copistas y amanuenses para poner en seguro las o-

bras de Agustín y de Atanasio, de Hilario y de Crisóstomo, padres de la Iglesia, junto con las de los clásicos griegos y latinos, genios tutelares de la grandeza antigua.

Cuenta Muratori en sus *Antiquitates Italiae* que en 906 cundieron por la península muchas mesnadas sarracenas que sin perdonar verde ni seco, invadían y saqueaban burgos y monasterios. Apretando ya muy de cerca al de Novalesse, temieron los monjes por su biblioteca y concertaron una fuga sigilosa en altas horas de la noche. Jóvenes y viejos —son palabras de la crónica— se cargaron con volúmenes y manuscritos ni más ni menos que si fueran acémilas. Así escaparon por los desfiladeros hasta llegar a Turín, y no faltaron en tan agrio camino los que sucumbieron bajo el peso de los libros que se echaron encima: **Librorum sarcina viribus incongrua onusti plurimi defecerunt et senes et juvenes**. Seguramente pensaban esos religiosos que salvando con tanto esfuerzo los tesoros de la literatura cumplían las voluntades del anciano Casiodoro, para quien la transcripción de los manuscritos, la encuadernación de los volúmenes preciosos y el arte de ilustrarlos con miniaturas exquisitas, eran parte muy principal de la disciplina monástica.

Comprueba esto la estima que por entonces se hacía de las bellas letras y su vinculación admirable con la enseñanza y erudición genuinamente cristianas. Y lo que sucedía en Italia no era caso raro: lo mismo puede observarse en España, donde apenas había biblioteca donde faltara un Séneca o un Virgilio, como lo nota Mienéndez y Pelayo al hablar de las del marqués de Santillana, del rey Don Duarte de Portugal y de la riquísima de la reina Católica, cuyos inventarios publicó Clemencín. Eran, en fin, manos eclesiásticas las que andaban a caza de autores antiguos y las que atendían a su difusión y conocimiento, como lo refiere Alvaro Cordobés, de San Eulogio, quien trajo a los muzárabes de Córdoba, en calidad de despojos triunfales de su viaje por Navarra, muchos libros clásicos y entre ellos las **Sátiras de Horacio**.

De hechos como éstos se podrían alegar centenares con poquísimo trabajo. Lo importante es dejar bien establecido que hasta fines de la Edad Media, el catolicismo fue "humanista", no sólo porque de acuerdo con el dogma y la revelación tenía que exaltar y glorificar la dignidad del hombre, sino porque este intento lo llevó a prohibir y hacer suyos con noble liberalidad y en calidad de coadyuvantes, a los clásicos de la antigüedad pagana. Por este aspecto no es sino muy justo decir: "Así, despojos de profanas gentes / adornaron talvez nuestros altares".

Pero había otra razón para que los autores clásicos enamorasen al mundo cristiano. El, más que ningún otro, tenía que ser cultivador de la sicología, que al fin y al cabo no es sino una provincia, o por mejor decir, uno de los fundamentos de aquel "régimen de las almas" que San Gregorio llamaba "arte de las artes". Esto sin contar con la invencible atracción que ejerce el "abismo interior" sobre toda inteligencia, y unas veces la pone en condiciones de explorar los senos y reconditeces del espíritu y del corazón, otras la deja como en suspenso, acachando perpetuamente las energías misteriosas que nos mueven. Y aconteció que la sicología buscaba entonces como ahora y siempre el caso concreto, el documento humano, el detalle vivido, la circunstancia, di-

gámoslo así, palpitante y desnuda, para sacar de ahí reglas y principios generales. Lo cual ya se entiende que no podían suministrarlo ordinariamente ni los doctores ni los moralistas cristianos, que ante todo miraban por construir y afianzar con sumo rigor lógico un sistema completo y racional que hasta cierto punto correspondía a una visión del hombre *sub specie aeternitatis*. Abundaban en cambio y aún sobran los pormenores de la vida humana en las obras clásicas, cuyos autores fueron diligentísimos en la pintura de las costumbres sueltas, y hasta cínicos en la descripción de sus propias aventuras. De donde resulta que hasta el fin del medioevo la ciencia psicológica y el arte de la introspección prosperaron merced a la potente y sutil deducción que fue propia de los sabios y de las escuelas, y merced, también a la inducción ingeniosa que los letrados hacían valiéndose de los materiales acumulados en los clásicos. Célebre es a este propósito el caso de Virgilio, cuyo poema llegó a estimarse como archivo simbólico de todas las vicisitudes humanas. Por lo cual dijo alguno que los versos de la **Eneida** daban pie para echar suertes y pronosticar o hacer patente el curso de la vida: **Dictae per carmina sortes, et vitae monstrata via est.**

Sin embargo, ladeándose con los que se desvelaban sobre las obras maestras clásicas porque veían en ellas “una preparación del cristianismo”, según afirma Imbart de la Tour, había otros que directamente y hasta con alguna audacia reclamaban de las letras antiguas un influjo civilizador. Ya en el siglo VI, San Columbano celebra las poesías de Safo, sin emplear la conocida precaución de metamorfosarla previamente en sibila: **Inclyta vates... nomine Sappho**. Ni son para omitidas estas palabras de sir Richard Jebb acerca de Gerberto: “He had not merely read a great deal of the best Latin literature, but had appreciated it on the literary side, had imbibed something of its spirit, and had found in it an instrument of self culture”. Confirman finalmente esta manera de estudiar las **litterae humaniores** por sí mismas, por el provecho que traían a la cultura y a la gloria humanas y por el afán de mantener una noble continuidad entre el mundo antiguo y moderno, los reproches que a sí mismo se dirigía San Pedro Damiano **por haber cedido** más de lo justo a la seducción de la añeja embriagadora literatura: “Endulzóme la vida Marco Tulio... regalábanme con blandura los poetas... y las dulces sirenas hechizaban mi entendimiento hasta ponerlo en riesgo de naufragio” (Taylor, **The medieval mind**).

Mediado el siglo XII, el humanista se modela conforme a un tipo universal, que —dicho sea de paso— tiene curiosas y aún sorprendentes analogías con el de los letrados que florecieron acá entre nosotros en pleno siglo XIX. Diríase que así como subsisten en comarcas aisladas y remotas, ejemplares de alguna fauna o flora que desaparecieron siglos ha en todo el resto del mundo, así la raza del humanista medioeval, tocada de muerte por la reforma y poco menos que sofocada por los adelantamientos materiales, se refugió en estas tierras colombianas y subsistió en ellas como fenómeno de supervivencia singular. Quien lea en el **Polycraticus** de Juan de Salisbury que es propio del cultor de las buenas letras ser erudito, enemigo del hervor ruidoso de las pasiones fáciles, modesto en el ánimo, tenaz en la investigación, amigo del sosiego, tan retirado como meditativo, escaso de riquezas y

despegado de intereses terrenos, quien lea esto y vea lo condensado en los versos de Bernardo de Chartres: "Mens humilis, studium quaerendi, vita quieta, / scrutinium tacitum, paupertas, terra aliena", se preguntará si tal retrato representa al **senex carnutensis** de hace setecientos años o si responde mejor a las semblanzas de Caro el escoliasta virgiliano, de Cuervo el cenobita parisiense, de Marroquín el hidalgo de Yerbabuena. Yo francamente apenas hallo diferencia entre estos humanistas, separados por un intervalo de siete centurias: en unos y en otros, la religión honda y ferviente anduvo en buen amor y compañía con la agudeza del ingenio y la elegancia de las letras. Sabían que éstas eran el más civilizador de los placeres, pero que no pueden divorciarse de la integridad profunda de la vida, y si alguna vez, enamorados de la majestad que los antiguos protocolizaron en sus libros, soñaron con proezas heroicas, con gestos dominadores, con empeños que enmendasen a los hombres y a las sociedades, presto volvieron en sí, sonriendo ante sus propias imaginaciones, y más aficionados que nunca al silencio y a la paz escondida que para ellos era condición de laboriosa bienandanza y para otros equivale talvez a un voluntario anonadamiento. Humanistas europeos del siglo XII, humanistas colombianos del siglo XIX, para vosotros escribió Browning la intraducible peroración de Caponsacchi: "Then, similingly, contentedly, awakes. / To the old solitary nothingness!".

Al acercarse el renacimiento, el "humanista" va adquiriendo caracteres muy distintos. El culto de las letras antiguas y la continua investigación de sus primores le hacen cobrar ojeriza contra las formas cada día más secas y enjutas, más abstractas y artificiales, más convencionales y más reñidas con todo lo que sea pulcritud, aliño y donosura del lenguaje. El inmenso tesoro de sabiduría labrado por la escolástica vino a menos, no porque se desmejorase su intrínseco valor, sino porque incurrió en el caso de muchas grandes fortunas, que se malbaratan y se desvanecen, cuando sus dueños, esquivos a las nuevas industrias pecuniarias, prefieren consumir rutinariamente sus haberes. La comunicación con el Oriente, que apuntó con las expediciones de las cruzadas, los viajes de conquista o descubrimiento por tierras lejanas, la creciente afición a las ciencias físicas y naturales que sembraron en Europa los peripatéticos árabes por el estilo de Ibn Roch, las novedades entre místicas y escépticas de Ghazali, el impulso que recibió la medicina por obra de Maimónides, que también influyó con su idea de conciliación mosaico-aristotélica, la levadura platónica, que a partir de la escuela palatina de Carlos el Calvo iba levantando una gran masa de doctrina que acabó por enfrentarse al Estagirita, flor y nata de toda sabiduría humana para la escolástica... todas estas causas y otras menos patentes pero no menos reales vinieron a perturbar en las vigiliadas del renacimiento el imperio tranquilo y ya tradicional que disfrutaba con plena posesión el escolasticismo. Y los escolásticos, hablando en general, no tuvieron la suficiente agilidad para percatarse de que el mundo se ensanchaba, así en lo material como en lo intelectual, y de que urgía no desconocer, no repudiar, sino englobar o incluir en sus dominios todo cuanto había de plausible y de probable en las invenciones y adquisiciones recientes de la mente humana. Así lo ha hecho en estas úl-

timas épocas, y con notable pujanza, el escolasticismo que preconizó León XIII en la encíclica *Aeterni Patris*; mas en esas décadas que precedieron al renacimiento, hubo, por decirlo así, una pausa, un compás de espera, una anquilosis temporal en la actividad asimiladora de la escolástica. Sorprendiéronla pues algo desapercibida las mudanzas que iban cuajando en el siglo XV; “a esas horas gastaba su vigor en ventilar las cuestiones exageradamente sutiles que hicieron memorables a los discípulos de Escoto, y esto en un lenguaje empedrado de barbarismos, huérfano no sólo de rotundidad y elocuencia, pero aún de soltura y llaneza apacibles; lenguaje analítico y preciso, no hay por qué negarlo, pero de perversas condiciones estéticas” (Menéndez y Pelayo).

Ni era esto lo peor, sino que los escolásticos, confinándose en la labor de comentar perpetuamente el texto y la letra de sus antepasados geniales, se olvidaron de que en Santo Tomás de Aquino, en San Buenaventura, en Escoto, había algo más que fórmulas felices, argumentos perentorios y problemas en qué ejercitar los entendimientos; se olvidaron de la síntesis robustísima y fecunda que estableció el primero entre la fe y la razón, de la inteligencia fervorosa y amante que guió al segundo, de la intensísima concentración a que el tercero sujetó el pensamiento para redoblar sus alcances. Y olvidaron también las vías inductivas y experimentales que preconizó Rogerio Bacon anticipándose tres siglos y medio al otro Bacon, el de Verulamio; olvidaron en fin o ignoraron a Raimundo Lulio, en quien la filosofía y la teología engendraron un tipo artístico de tanta vehemencia y poesía como no han podido imaginarlo los más audaces novelistas. A la decadencia escolástica que presenciaron los siglos XIV y XV, contribuyó muy decisivamente la querrela del nominalismo agnóstico del franciscano Occam, negador radical de las fuerzas de la razón y de la realidad objetiva correspondiente a las nociones de causa, ley, fin y moralidad, con lo cual vino a convertirse en el más desafortado enemigo de Santo Tomás y de su escuela. Cundían, en fin, por aquel tiempo las protestas y rebeldías apasionadas contra la autoridad en materia científica, lucha y contienda que en sí mismas podían justificarse, pero que sacándolas de quicio y propagándolas por otros territorios, señaladamente por los teológicos y religiosos, engendraban anarquía y desgarró en sumo grado perniciosos. Que fue lo que muchos escolásticos no entendieron por parecerles más urgente defender a Aristóteles contra Platón y convertir a “estos dos polos del entendimiento humano en algo así como una pareja de gallos ingleses enredados en continua y espantable riña” (Ibídem).

No se piense que al decir esto se desconozca el valor intrínseco del sistema escolástico; tan poderoso es que logró superar aquella crisis y renovarse y florecer con el esplendor y opulencia que fueron suyos en el propio siglo XVI, renovación y refloramiento —añadiré aquí— que sólo pueden sorprender a quien ignore que el escolasticismo auténtico es, en frase de Jungmann, “el conjunto ordenado de conclusiones del pensamiento racional que convienen bajo todos conceptos con la divina revelación”. Mas en los siglos XIII y XIV, tanta energía y virtud fueron escondiéndose y soterrándose bajo una masa de cuestiones y de problemas mal avenidos con las necesidades contemporáneas; no fue esa la época en que un Suárez o un Vitoria creaban el derecho de gentes;

fue en cambio la época en que la filosofía se vio afligida por las argucias pedantescas, por las sutilezas pueriles y por la esterilidad científica. De estas palabras se sirve Jansen en su **Historia de Alemania**, y a fe que meditándolas y considerando lo que sería la escolástica impedida por tantos estorbos, se le viene a uno a la imaginación la escena del “fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza”: “Le pusieron —cuenta Cide Hamete— encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un pavés delante y otro detrás, y por unas concavidades que traían hechas le sacaron los brazos, y le liaron muy bien unos cordones, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas, ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza a la cual se arrimó para poder tenerse...”. Sancho Panza no fue en esta aventura el sórdido villano que solía, rompió el molde grosero que lo encerraba y mostró una entereza rayana en sublimidad. Absuélvame esta circunstancia de toda intención irreverente al comparar la mala suerte del escudero con el estado decadente de la escolástica antes del renacimiento, y séame lícito imaginar que esa escolástica, cargada con las baratijas y requilorios de una especulativa desatentada, repetía allá en lo más íntimo los clamores generosos de Sancho: “¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos y ponerme atravesado o en pie, en algún postigo, que yo lo guardaré, o con esta lanza o con mi cuerpo”. Si este deseo heroico no se vio cumplido en el escudero, sí tuvo satisfacción en la escolástica, que al fin y al cabo, a pesar de todo y no obstante sus flaquezas e impedimentos, sí defendió el postigo por donde amenazaba Lutero a la Iglesia católica y con ella al humanismo auténtico.

Porque es de saberse que “humanismo” y “renacimiento” no son términos sinónimos ni mucho menos idénticos o equivalentes. El primero es mucho más general que el segundo; el renacimiento es una nueva faz del humanismo, por lo cual es forzoso admitir que el humanismo no empieza ni acaba con el renacimiento, ni está confinado dentro de sus términos y linderos. Mayor desatino sería confundir o emparentar al humanismo con la reforma luterana, que lejos de favorecerlo lo perjudicó notablemente y se le opuso **per diametrum**, como no podía menos de suceder, supuesta la ideología del luteranismo y su dogmática tan deprimente para el hombre.

Que en el siglo XVI el humanismo se presentara como una novedad sin precedentes es lo que piensan algunos sin reparar en que un suceso o fenómeno de tanta magnitud y de tamañas consecuencias nunca es fruto inapropiado y repentino de una época, sino que arranca de las anteriores y afirma en ellas sus raíces. Tal sucedió puntualmente con el renacimiento que, por muchos aspectos, no fue sino “el remate y el feliz complemento de la obra de reacción contra la barbarie, que siguió a las invasiones de los pueblos del norte”. Crepúsculo matutino del renacimiento fueron los empeños literarios y filosóficos de Casiodoro y de Boecio en la corte del rey Teodorico; Alcuino en la de Carlomagno lo preparaba “longo intervalo” con su afán de multiplicar escuelas y con su predilección por los clásicos paganos, heredada de San Beda el

venerable, y tan ferviente, que le hizo adoptar el seudónimo de "Flaccus" en homenaje a Horacio. Ejemplar de los futuros humanistas y precursor de los filólogos, fue asimismo San Isidoro al poner mano en el libro de las **Etimologías**, y todos estos claros varones al hacer entrar en el espíritu de los bárbaros algo de la lógica de Aristóteles, de la gramática de Donato, de la moral de Séneca, hacían obra de renacimiento. Hacíanla también ¡y cuán vividera! Santo Tomás de Aquino trasladando a sus obras todo cuanto halló de plausible y de acertado en la **Enciclopedia** de Aristóteles. Si los humanistas del renacimiento anduvieron solícitos en pos de los códices antiguos, si nos mostraron cómo puede solazarse el hombre en el cotejo de rancios manuscritos, si celebraron con elocuentes ditirambos el hallazgo de obras que se creían perdidas, no me parece que ello sea más meritorio ni más significativo de afición a la cultura antigua que la labor de Santo Tomás cuando se dio a la tarea, más laboriosa cuanto menos sonada, de introducir a Aristóteles no sólo como testigo sino como autoridad en los dominios de la ciencia sagrada. En tan remota edad, cuando cada volumen y cada códice eran un tesoro incommunicable; cuando ni se conocían los textos originales de los griegos, ni era común la inteligencia de esta lengua; cuando el mismo Aquinate la ignoraba y para enterarse de la filosofía del Estagirita no tenía a la mano sino versiones en latín derivadas de otras versiones en árabe; cuando descontento de las comunes y corrientes a causa de sus múltiples discrepancias, encargó otras nuevas a Guillermo de Maerbeke y a algunos más de sus hermanos; cuando a pesar de tantas dificultades así persistía el Doctor Angélico en tantear a las puertas de la filosofía antigua y hacerla patente, merced al **sésamo ábrete** de su diligencia investigadora, creo yo que es de justicia atribuirle la palma y el galardón entre los adelantados del humanismo. Mayor mérito fue el suyo que el de los eruditos del renacimiento que tenían a su disposición el riquísimo acervo de manuscritos que los griegos trajeron de Constantinopla y el reciente descubrimiento de la imprenta, amén del comercio de librería generalizado en pocos años y de la no despreciable influencia de la moda que en esos días provocaba a todo el mundo a lardear de erudito y de coleccionador.

No se diga que Santo Tomás se aficionó exclusivamente y con particularismo estrecho a Aristóteles, porque los comentarios que escribió sobre el Areopagita demuestran el caso que hizo de las lucubraciones platónicas, y dejan presumir con mucha verosimilitud que habría aprovechado todas las demás fuentes de la sabiduría antigua si las hubiese tenido a mano, como sí las tuvieron los humanistas y filósofos del renacimiento.

Así como la faz austera del humanismo anterior al siglo XVI se muestra en el Doctor de Aquino, Petrarca podría ser cien años más tarde la personificación de ese mismo humanismo por su aspecto arqueológico a la par que poético. Débensele en efecto el hallazgo de las **Institutiones oratoriae** de Quintiliano y el de una colección de cartas y epigramas del emperador Augusto; inspirábase a unas horas en el ideal de hermosura que encarnó en Laura, como Dante encarnó en Beatriz su ideal de inteligencia a lo divino, y a otras horas dejábase rendir por el hechizo de las ruinas romanas de Bayas, "vetustas y desplo-

madras reliquias que se revisten de novedad cuando las contempla un alma moderna". Y el mismo Petrarca que así hablaba respondió a quienes le interrogaban por qué trajinaba penosamente por las islas del archipiélago helénico en busca de inscripciones, medallas y esculturas: "Porque quiero —dijo— resucitar los muertos". Ya en pleno renacimiento, hubo otros dos ingenios, Marsilio Ficino y Desiderio Erasmo, que compartieron con el poeta a quien el senado romano coronó de rosas y de mirto, la fama de haber sido los más exquisitos representantes del humanismo en el culto por la antigüedad clásica, y no deja de ser curiosa la coincidencia de que todos tres fueron eclesiásticos, lo que, a mi ver, constituye una nueva razón que confirma el remoto a-bolengo del renacimiento y de la deuda contraída con la Edad Media.

Lo confirma también el hecho de que las demasías mitológicas y paganas en que incurrieron los humanistas del siglo XVI, no fueron privativas ni características suyas. Ahí tenemos el arte soberano de Dante para comprobarlo, pues nadie ignora que el "altísimo poeta" tomó por guía y maestro a un pagano, salvó de las llamas eternas a los gentiles que se le antojó, llenó su trilogía de símbolos y de alegorías mitológicas, dándoles eso sí sentido católico, y llamó a Jesucristo "el sumo Jove, que fue crucificado por nosotros": "O sommo Giove, / che fosti'n terra per noi crocifisso...".

Aún el latín estrictamente litúrgico se resintió de estas reminiscencias, y así hallamos "tártaro" por "infierno" en la misa de difuntos, y "olimpó" en vez de "cielo" en un himno del oficio de la Dedicación. Esto sin contar con que desde el siglo XII, las "Metamorfosis" de Ovidio eran interpretadas como símbolos y trasposiciones de los pasos más principales del Antiguo y del Nuevo Testamento, según consta de un precioso manuscrito de la biblioteca del Arsenal en París.

¿Cuál es entonces la diferencia esencial entre el humanismo que partió del siglo XVI y el que le precedió? No fue —acabamos de verio— el culto de la antigüedad, ni fue el celo por la restauración de los estudios clásicos, ni la afición a ciertas formas del paganismo; fue simplemente que la glorificación de la naturaleza humana que hasta entonces se había procurado sin olvidar su intrínseca y permanente relación con Dios, con el "motor innóvil" que dijo Aristóteles, con el "amor primero", "che muove il sole e l'altre stelle", que dijo Dante, comenzó a buscarse con cierta independencia del centro único de donde salen y adonde han de volver todos los seres y en primer lugar los inteligentes.

En otros términos, el humanismo renacentista trató de glorificar al hombre por sí mismo: al punto que debía moverse con relación equidistante al centro, para engendrar la circunferencia perfecta (ora sea tan pequeña como la que se contiene en una gota de rocío, ora sea tan inmensa como la que toca las tres estrellas entre sí más apartadas del universo), a ese punto, mejor dicho, al hombre simbolizado por ese punto, le dijo el renacimiento: "Muévete sin trabas, pon los ojos en ti mismo, cree en que tu propio dictamen y tus propias energías bastan a tu engrandecimiento, porque el uno es recto, las otras son íntegras, y el uno y las otras poco o nada tienen que ver con las eternas leyes". La Edad Media había repetido muchísimas veces el verso de Terencio:

Humani nihil a me alienum puto, “nada de lo que es humano me es ajeno”, y había hecho de él una máxima de humildad, de indulgencia, de compasión, de “humanidad” en el sentido más tierno de esta palabra. Mas en los labios de los renacentistas ese mismo apotegma suena como voz de desafío a las austeras restricciones que la sabiduría tradicional había impuesto a los impulsos no siempre ordenados de la naturaleza, y suena también como clamor de abordaje a la nave ilusoria, al buque fantasma que atrae las codicias humanas con un soñado cargamento de emancipación y prepotencias.

Por eso fue tan favorable el renacimiento a las utopías que concretando el naturalismo de Pelagio, se fraguaron entonces sobre el estado de naturaleza y sobre su vivir suelto y sin trabas, utopías o candideces que hicieron de Ronsard un admirador de los primeros indios salvajes que fueron llevados por tierras de Francia, sobrevivientes según él de “la edad de oro”, y amos de sí mismos y “capitanes de sus almas”, envidiables en fin porque podían medrar a su entero gusto y acomodo: “Vivez heureusement, sans peine et sans souci. / Vivez joyeusement, je voudrais vivre ainsi”.

La divergencia entre el humanismo cristiano y el humanismo del renacimiento va acentuándose conforme avanza el siglo XVI, y con caracteres no puramente literarios sino teológicos. A la exaltación y endiosamiento de la naturaleza, opone el humanismo cristiano los principios que han sido y serán suyos: una fe resuelta e inteligente en la doctrina católica, cuyo dogma central, la redención, arguye a un mismo tiempo la increíble dignidad del hombre salvado a tanta costa, y las culpas y siniestros morales en que ha incurrido y puede incurrir, pero que aún siendo mortíferos, quedan, como la culpa original, bajo el régimen de la esperanza. Ella se anunciará siempre con el clamor supremo que aún se oye en las vigiliás de la Pascua: “¡Oh culpa feliz que mereció tener tal y tan grande Redentor!... ¡Oh feliz culpa!”...

Que si se trata del ennoblecimiento progresivo del hombre, el humanismo cristiano reconoce como indispensable el auxilio permanente de Dios, y afirma con Osuna, el teólogo predilecto de Santa Teresa, que “cuanto más excelsa es la criatura tanto más necesita de Dios”, frase profunda que podría ilustrarse con la analogía de los artificios mecánicos e inventos humanos que, cuanto son más exquisitos y capaces de producir efectos diversos, tanto más reclaman el influjo y acción racionales.

En resumen: el humanismo naturalista, glorificando la naturaleza humana en sí misma y exentándola de todo defecto o desorden, la privó, no sólo de los ensanches y aumentos, más aún de las enmiendas y enderezos que debe recibir de su perpetua relación con el centro esencial de la vida y de la luz.

Y el humanismo cristiano, afianzándose amorosamente en él, quiso encontrar allí la ley que preside el inacabable progreso del hombre y la sabia armonía de los orbes. Dígalo por mí el altísimo Alighieri:

En su profundo ser vi cuál se interna
en un volumen por amor atado,
cuanto el vasto universo descuaderna.